

Nota de la autora

*M*uchas obras de ficción están inspiradas en hechos y personajes reales y *El heredero* es una de ellas. No me estoy refiriendo al tipo de inspiración sacado de un titular, sino a los detalles de hechos históricos que hacen que una escritora se ponga a pensar, «¿Y si...?»

El cometa Encke, el segundo que se descubrió que tenía una órbita periódica, fue lo que inspiró el entorno de esta novela. El cometa pudo verse en 1786, 1795, 1805 y 1818, pero hasta que el joven de veintisiete años Johann Franz Encke trazó su órbita y predijo correctamente su retorno en 1822, nadie sabía que todos los avistamientos que se habían registrado eran del mismo cometa. Ese descubrimiento cautivó a la sociedad inglesa, lo que me condujo a preguntarme qué sucedería si un conocido astrónomo predijera que un cometa fuera a orbitar cerca de la Tierra y directamente sobre Bath ¿Qué haría la sociedad de Bath y las hermanas Featherston? Pues, esperarlo... y celebrarlo, por supuesto, y así nació el cometa Bath.

Ahora bien, al leer esta historia, alguien podría pensar que la frágil señorita Caroline Herschel también es un personaje de fic-

ción. Al fin y al cabo, me gustan los personajes estrafalarios, y ella sin duda lo era. Medía sólo un metro treinta y era soprano profesional, además de ser una brillante matemática y astrónoma que a los setenta y dos años todavía escudriñaba los cielos con su telescopio. Pero lo más extraordinario es que la señorita Herschel fue una de las principales autoridades sobre cometas que hubo en Inglaterra. Parece ficción, pero es real.

Sí, es cierto, los autores de ficción trazamos una línea entre la realidad y la fantasía al crear nuestros mundos, personajes e historias. Pero esta fusión de investigación e imaginación es lo que hace que escribamos historias como *El heredero*, novelas que según las lectoras son encantadoras y gratificantes.

.....Capítulo 1.....

Cementerio de la abadía de Kirkwell Devon, Inglaterra

No era un buen día para el conde de Devonsfield. Y además, su descanso eterno presentaba un futuro igualmente funesto.

Se sacó el sombrero de castor y se levantó la peluca recién rizada para rascarse la calva con sus uñas mordidas y descuidadas.

—Bueno, Pinkerton, ¿qué crees que podemos hacer?

Su hombre de confianza, tan inteligente como astuto, era un tipo enjuto y duro, que en esos momentos pendía precariamente de una de las ramas altas del serbal que había justo encima del mausoleo.

—Me temo que el reverendo tiene razón, milord; no hay forma, al menos que yo vea, de levantar una planta sobre la cripta sin poner en peligro su estructura.

No le gustó la respuesta, que esperaba que fuera más positiva, pero en su larga vida había aprendido que para sobrevivir era necesario adaptarse.

—Entonces no tenemos ninguna otra opción más. Tendremos que expandirnos *hacia afuera*. Creo que con el incentivo adecua-

do —el robusto noble se fijó en el apellido del cuarteto de lápidas que tenía a su lado— podríamos persuadir a los Anatole para que trasladaran su parcela familiar al otro lado del camino.

Pinkerton miró hacia abajo. La expresión de su largo rostro dejaba claro que dudaba de que la acción produjera un resultado favorable. Pero, era un fiel sirviente.

—Me pondré en contacto con la familia para comunicarles su plan de visibilidad, milord.

Con el sombrero y la peluca en la mano, lord Devonsfield caminaba por la hierba seca que asomaba entre las hojas crujientes y marchitas que rodeaban la cripta familiar.

Suspiró nostálgico al pasar sus gruesos dedos por la pared de mármol. Era su habitual mala suerte, después de doscientos años el mausoleo de los Devonsfield estaba lleno, justo cuando a él se le acababa el tiempo.

Su hermano tenía la culpa, por supuesto. Incluso después de que toda su familia hubiera fallecido en un terrible accidente el pasado mes —sus dos hijos incluidos— todavía quedaba un sitio, ¡maldita sea!, y se suponía que era para él. Pero entonces su hermano, Thelonius, casi diez años menor, falleció inexplicablemente sentado en su orinal, reclamando de ese modo el último lugar de descanso eterno en la cripta familiar.

—Milord, ¿ya puedo bajar del árbol? —Pinkerton, que normalmente vestía de color ébano de la cabeza a los pies, estaba bastante nervioso sentado a horcajadas sobre una gruesa rama.

—¿Qué? Oh, sí, por supuesto. Ya hemos terminado. —El conde hizo un gesto desdeñoso con la mano para indicarle a su hombre que bajara—. Aunque mientras todavía estamos con el tema de los árboles genealógicos, ¿podrías explicarme tu preocupación por el de mi familia, concretamente la rama a la que debe pertenecer mi *heredero*? Ya ha pasado un mes desde el accidente y todavía no lo has localizado.

Pinkerton colocó cuidadosamente sus pies en una rama más baja, botando un poco para comprobar su resistencia.

—Oh, no señor, sé exactamente dónde encontrarle. El caballero reside en Cornualles. Es el hijo de su difunto primo segundo.

El conde se quedó boquiabierto. Corrió hacia el árbol y golpeó el tronco con su bastón.

—Qué te lleven los demonios, Pinkerton. ¿Por qué no me has dicho nada hasta ahora? —preguntó lord Devonsfield mirando a través de las ramas—. He de hablar enseguida con él. ¿Cómo se llama?

Pinkerton bajó hasta el suelo y se sacudió los trozos de corteza de sus pantalones.

—No lo sé... *exactamente*. Pues he de informarle que su heredero es...

—¿Qué... un Whig?* ¿Un inválido? ¿Un demente? —El conde inspiró hondo—. ¿No será... *un holgazán*?

—No, milord. Son... gemelos.

—¿Gemelos? ¿Eso es todo? ¿Qué diantre importa eso? —Resopló frustrado el conde—. Determinar cuál de los dos es el heredero no es tan difícil. Simplemente se trata de saber cuál nació primero.

—De eso se trata, milord. —Pinkerton bajó su aguileña nariz hacia el conde; sus ojos reflejaban preocupación—. Por absurdo que pueda parecer, nadie lo sabe. Ni siquiera en el registro de la parroquia está claro.

—¿Qué demonios dices! —El conde se apoyó contra el tronco.

—Por lo que he podido saber fue un parto difícil; la madre tuvo una gran hemorragia y no sobrevivió, y puesto que los muchachos en principio no tenían ninguna esperanza de heredar nada, su desconsolado padre, o sea, su primo, no se preocupó en designar al primogénito.

* Nombre despectivo que se daba a los miembros del Partido Liberal. (*N. de la T.*)

—¡Oh, Dios mío! —El conde se retorció sus pálidas manos—. ¿Sabes qué significa esto? Vaya, no quiero ni pensar lo que hará la Cámara de los Lores si muero sin heredero, lo cual va a suceder en el plazo máximo de un año, como me ha dicho el médico. Mi salud no es buena.

—De hecho, milord, el médico sólo le dijo que pasarse los días pensando en la muerte no haría más que adelantársela —masculló Pinkerton, pero el conde no prestó atención a su comentario. Él sabía la verdad, lo que *realmente* decían sus médicos, pero intentaba ocultársela.

—Uno de los gemelos ha de ser reconocido como primogénito. —El conde se mordía la uña del pulgar mientras paseaba arriba y abajo entre las lápidas torcidas y agrietadas—. Simplemente hemos de buscar el modo de corregir ese descuido.

—Así es, milord, pues si no se puede nombrar a ningún heredero legal tras su fallecimiento, el condado de Devonsfield volverá a pertenecer a la corona.

El conde hubiera deseado que Pinkerton se tragara sus blasfemas palabras y hacerle jurar que no volvería a pronunciarlas. Pero lo que acababa de decir era cierto y no podía desoír la verdad.

—No permitiré que se pierda el condado. Sabes que no puedo hacerlo. —El conde se puso muy recto. Su misión era clara—. No podemos perder ni un momento. Pinkerton, encárgate de preparar mi baúl. Hemos de partir inmediatamente para Cornualles. ¡Esta noche!

The Lizard
Cornualles, Inglaterra

Griffin St. Albans estaba ajustando el objetivo de su telescopio para adaptarlo a la luz del atardecer. El acantilado sobre la cala

Kennymare era el lugar perfecto para calcular las constelaciones en lo que prometía ser la noche más clara de todo el mes.

Se inclinó y puso el ojo en la lente con la intención de revisar su posición, cuando de pronto un halcón descendió hasta él y se agarró a su hombro. Griffin se tambaleó y resbaló un poco con la grava, lo que provocó que cayeran algunas piedrecitas al vacío. Al final, dio con sus huesos en el suelo chocando contra la corta hierba podada por el viento.

Se oyó una débil voz femenina que procedía de la parte inferior del saliente que daba al acantilado.

—¿Hay alguien ahí arriba?

Griffin se enderezó extrañado. Luego se levantó y miró con cautela asomándose al saliente rocoso. Había una joven colgada de la pared de piedra que alargaba el brazo para alcanzar un sombrero con lazos que se había quedado enganchado en una raíz colgante. Su pie lanzó accidentalmente otro poco de gravilla sobre ella.

Ésta le miró tremendamente enojada.

—Procure no tirarme más piedras señor. Como puede ver, hoy hace mucho viento y mi estabilidad es bastante precaria.

¡Dios mío, podía caerse en cualquier momento! Griffin se estiró boca abajo en el suelo, se acercó al borde del abismo y alargó una mano.

—Agárrese. La subiré.

—¿Qué me agarre? ¿Se ha vuelto usted loco? ¿Sin mi sombrero? Lo dudo. A mi hermano le costó dos guineas. *Dos*. Y puedo asegurarle que no volverá a regalarme algo igual. —Volvió a alargar la mano para intentar alcanzar el sombrero, pero no llegaba—. ¡Maldita sea!

—Deja que el caballero te ayude, querida —dijo una enjuta anciana que les estaba mirando desde un caminito que había más abajo de donde se encontraba ella.

La matrona que la acompañaba estaba algo más rellenita y se colocó la mano en la frente para mirar a la joven que todavía se esforzaba por alcanzar el sombrero.

—Viola tiene razón, cielo. Toma su mano. Quizá sea más fácil recuperarlo desde arriba.

La joven de pelo oscuro dirigió primero sus ojos azul claro hacia abajo, donde estaban las dos mujeres, y luego, pensativa, hacia el hombre que le ofrecía la mano.

—Según parece he de confiar en que usted no me dejará caer al mar.

—Tome mi mano, señorita. No tema. Mi espalda es fuerte.

Miró las olas que rompían contra las afiladas rocas.

—Puede ser, señor. Pero no es su *espalda* lo que me preocupa. —A pesar de su mordaz comentario, la joven levantó la mano y se agarró a su muñeca con semejante fuerza que un hombre más débil se habría avergonzado.

Griffin ciñó con fuerza sus dedos alrededor de su muñeca.

—Ya la tengo. Salgamos de la roca.

—Sólo si me promete recuperar mi sombrero antes de que vuele al mar. —Sus ojos reflejaban que se lo estaba diciendo totalmente en serio.

—Se lo prometo —vociferó con frustración—. ¡Ahora, por favor, salgamos!

Tras mirarle con cautela, la joven se soltó de la pared. Durante un momento se quedó suspendida de su brazo como una flácida muñeca de trapo; el impulso propició un movimiento pendular en el vacío.

Parecía que toda la sangre se le hubiera subido a la cabeza mientras luchaba por subirla hasta el borde del acantilado. Al final, tras dos peligrosos minutos, apareció la cabeza de la joven por el saliente.

—Ya casi estamos, señorita. Un segundo más y estará a mi lado.

—Desde luego.

Entonces, con un grado de agilidad que Griffin jamás hubiera podido imaginar, colocó el brazo que tenía libre sobre la cornisa, levantó el pie derecho y se aupó ella misma.

—¡Increíble! —Aunque hubiera esperado esa hazaña atlética de un artista de circo, jamás la habría esperado de una joven dama como la que tenía ahora a su lado.

Griffin se sentó sobre sus talones y miró asombrado a la intrépida mujer. Tenía el pelo oscuro como una noche sin estrellas y su piel era pálida, salvo por sus sonrosadas mejillas. Pero lo que más le intrigaba eran sus ojos. En el interior de un anillo de color índigo intenso brotaba un tono azul plateado que hacía que brillaran como un par de estrellas.

—Mi sombrero, señor. —Su voz todavía era débil y jadeante por el esfuerzo—. Me lo prometió.

—Así es. —Él no pudo hacer más que sonreír ante su testarudez respecto a ese ridículo sombrero—. Necesito algo para pescarlo. —Miró a su alrededor en busca de un palo.

Ella hizo lo mismo, hasta que se fijó en el telescopio. La preocupación le embargó cuando vio que se levantaba y se dirigía hacia su posesión más estimada en el mundo.

—Quizá podamos bajar parte de este artilugio por la cornisa y llegar hasta el borde de mi sombrero. —Estiró la mano hacia el instrumento de latón.

—¡No! —dijo Griffin agarrándole la muñeca, quizás un poco bruscamente, pues ella se giró y le miró con sorpresa.

—Mi telescopio, no —añadió con un tono más suave—. Es muy caro y no le exagero cuando le digo que no hay otro como éste.

La joven levantó la barbilla y giró la muñeca para soltarse.

—Yo puedo decir lo mismo de mi sombrero, señor. ¿Ha visto la pluma de pavo real que lleva en la cinta? —Asintió con la cabeza, como si ese comentario bastara para que él se diera cuenta del valor que tenía.

Era consciente de lo absurda que era esa idea. No se podía comparar. Su telescopio Schuckburgh portátil estaba hecho a medida, según sus especificaciones exactas, por un protegido de Jesse Ramsden, el fabricante de instrumentos más prestigioso de Londres. Posiblemente no hubiera otro mejor en toda Inglaterra.

La joven que llevaba un vestido floreado se cruzó de brazos.

—No veo nada más que pueda servirnos... tan bien como su telescopio.

—T-tengo un bastón de pastor en mi granja —respondió él sonriendo a la adorable joven, a la vez que pensaba que le gustaría conocerla un poco mejor. Sin embargo, cortejar a una mujer nunca se le había dado tan bien como a su hermano, y sabía que probablemente metería la pata. Pero tenía que intentarlo—. Oh... si lo desea, usted y sus amigas pueden descansar en mi casa mientras yo regreso con su sombrero. Está un poco más abajo del camino hacia el este. No está lejos, se lo aseguro.

La joven le miró de arriba abajo con desconfianza.

—Gracias, pero no. Una ráfaga de viento se lo podría llevar de un momento a otro. No me atrevo a dejarlo. Además, ni siquiera me ha dicho su nombre.

—St. Albans... Señor St. Albans. —Ladeó la cabeza hacia ella—. ¿Y usted es...?

Sus rosados labios dibujaron una sonrisita.

—No estoy tan loca como para seguir a un desconocido hasta su guarida.

—¿Guarida? Mi querida dama, me temo que ha malinterpretado mis intenciones... —empezó Griffin.

—Oh, señor, rogamos la disculpe. No ha querido molestarle —dijo la más rellenita de las dos ancianas, que ahora resoplaba y jadeaba por el esfuerzo de subir el empinado sendero del acantilado.

—Es la señorita Hannah Chillton, nuestra protegida. —La más delgada le pellizcó el brazo para obligarla a que hiciera una torpe reverencia de cortesía.

En ese momento, el halcón que le había golpeado antes descendió sobre ellos. Griffin observó atónito cómo la señorita Chillton se sacaba un guante de piel de su bolsillo, se enfundaba la mano y dejaba que el ave aterrizara en su antebrazo.

La mujer enjuta se rió al ver la sorpresa de Griffin.

—Y éste es Cupido... el halcón de Hannah.

—¿Esta ave es *suya*? —le preguntó mirándola con incredulidad.

—Sí. ¿Por qué le cuesta tanto creérselo? —respondió con cierta petulancia.

Por qué, es cierto. Pensó en ello unos momentos. ¿Por qué le sorprendía que una mujer a la que había conocido trepando por la pared de un acantilado, con fuerza para propulsarse ella misma sobre la cornisa, tuviera un halcón como mascota?

—Señorita Chillton, en el breve tiempo que hace que nos conocemos, he llegado a la conclusión de que nada que provenga de usted debería sorprenderme. Puesto que es la encarnación de dicha palabra.

Ella miró inquieta a las dos ancianas, como si no tuviera la menor idea de cómo responder a esa afirmación. Luego, giró su delicado rostro hacia él e hizo un gesto señalando a sus tutoras.

—Señor St. Albans, mis acompañantes, lady Letitia y lady Viola Featherton, de Londres.

—Y de Bath, últimamente —añadió la mujer a la que presentó como lady Letitia—. Cada año pasamos unos meses en la ciudad balneario.

—De hecho, nuestra visita a The Lizard ha sido la culminación de nuestra gran excursión por Cornualles.

Lady Viola, la más delgada, le regaló una amplia sonrisa.

—Esta misma tarde regresamos a Bath.

—No, hasta que recupere mi sombrero. —La señorita Chilton se giró y miró al mar, dio unos pasos y se asomó al borde del acantilado. Entonces, dio un pequeño grito ahogado—. ¡Oh, no, ha desaparecido!

Lady Letitia fue junto a ella y le tomó el brazo.

—Al final, se lo debe haber llevado el viento, pequeña.

La joven se giró hacia Griffin y le miró.

—Me debe un sombrero, señor.

—¿Yo? —balbuceó él.

—Sí, porque lo habría recuperado de no haber sido por su intervención. —Le dijo algo en voz baja a lady Letitia, que al oír las palabras, metió la mano en su pequeña bolsa y sacó una tarjeta. La joven se la cogió de la mano y se la entregó a Griffin.

—El sombrero Oatland Village puede comprárselo a la señora Bell, en el veintidós de Upper King Street, en Londres. Dígale que le ponga una pluma de pavo real, por favor. ¿Podrá recordarlo? Bien. Cuando lo haya comprado, puede enviarlo al número uno de Royal Crescent, en Bath. La dirección también consta en esta tarjeta.

Una vez concluido su asunto, la joven agarró sendos brazos de las damas y las condujo al camino donde suponía que les esperaba su coche.

—Buenos días, señor St. Albans —dijeron ella y las damas—. Espero verle pronto, porque ese sombrero era *mi* favorito.

Dicho esto, le lanzó una sonrisa divertida y, si no se equivocaba, le pareció que también le había guiñado el ojo bromeando.

Cuando las tres mujeres hubieron desaparecido tras la colina, Griffin St. Albans se dirigió instintivamente hacia la cornisa y miró hacia abajo para buscar el sombrero por la escarpada pared. Había *desaparecido*.

Se dio una palmadita en la cabeza, pensando que quizá se ha-

bía dado un golpe cuando el halcón se le había puesto encima y le había tirado al suelo, pues estaba seguro de estar soñando.

Era la única explicación que se le ocurría, pues era imposible que algo tan descabellado como lo que había sucedido en el último cuarto de hora le hubiera pasado a él.

La vida en Cornualles no era así.

Tres días después

Lord Devonsfield y su administrador no llamaron a la puerta, ni tan siquiera anunciaron su llegada a casa de los hermanos St. Albans. No tenían tiempo. Al conde le quedaba poco, y preocuparse de los modales era una forma de perder esos preciosos momentos de los que todavía disfrutaba.

El humo de la chimenea de piedra de la pequeña casa de campo dibujaba una columna que se elevaba en el despejado cielo. Su heredero estaba en casa o al menos había alguien, así que el conde abrió la fina puerta de tablas y entró con su sirviente, para encontrarse de frente con el cañón de un rifle de caza que les estaba apuntando.

El conde se quedó mirando a los dos jóvenes que tenía delante que, a simple vista, parecían idénticos... salvo quizá por su atuendo. Ambos medían más de un metro ochenta y, a diferencia de él, sus cabezas estaban cubiertas con una abundante mata de pelo negro ligeramente rizado.

Sus ojos al principio le parecieron castaños, pero a decir verdad, eran prácticamente verdes, con un ligero toque ámbar alrededor de las pupilas. Eran anchos de hombros y tenían sendos mentones fuertes y cuadrados, con un hoyuelo en la barbilla, de esos que a las mujeres parecían gustarles tanto. Los condenados eran el par de hombres más atractivos que había visto jamás. Eso complació al conde en más de un aspecto.

Se fijó en el que le apuntaba con el rifle en la frente y que le estaba haciendo daño. Ese gemelo tenía agallas. Y, ahora que tenía un momento para reflexionar, pues no se iba a mover con un rifle apuntándole a la frente, eso se lo dejaría a Pinkerton, también observó que era de complexión atlética. Era bastante fuerte y tenía una buena musculatura, como si hubiera dedicado mucho tiempo al boxeo, igual que su hijo mayor, ¡qué Dios lo tuviera en su gloria!

El conde sonrió de oreja a oreja. Sí, su primera impresión le decía que ese gemelo podría ser un brillante heredero.

—Señor, yo no me apresuraría a sonreír mientras mi hermano le está apuntando con un rifle a la cabeza —dijo el otro, también sorprendentemente atractivo, aunque menos musculoso—. Puede abatir a un pájaro en pleno vuelo sin esfuerzo, por lo que me atrevería a decir que no tendría mucha dificultad en acabar con un intruso a esta distancia.

El conde levantó una ceja. ¡Vaya lengua tenía el muchacho! Reflejaba una mente inteligente. A diferencia de su hermano, sus manos eran suaves y tenía las uñas limpias. Su ropa estaba perfectamente planchada y que le matasen si había algo en él que no fuera aristocrático. *Hum. Tampoco era una mala opción.*

Por fin, Pinkerton, ese maldito cobarde, pues levantó las manos nada más ver el rifle, se decidió a hablar.

—Queridos señores, este caballero no pretende hacerles ningún mal... yo tampoco.

El hermano que apuntaba con el rifle movió lentamente la cabeza.

—Ah... oh... ¿le importaría dignarse a bajar el rifle? Vamos desarmados, como pueden ver, y ya no estamos en la flor de nuestra juventud... como ustedes. Aunque quisiéramos enfrentarnos a ustedes, nos reducirían fácilmente en pocos segundos.

El gemelo se detuvo un momento, y luego apartó el cañón del

rifle de la frente del conde. Lord Devonsfield se llevó la mano a la zona donde le había estado apuntando y notó la marca que le había dejado el cañón en la frente.

—Bonita forma de tratar al primo de vuestro padre —dijo de pronto.

—¿Usted es el primo de nuestro padre?

El conde se giró para observar al más refinado de los gemelos, que estudiaban su atuendo.

—Efectivamente —respondió enderezándose.

Pinkerton carraspeó.

—Permítanme que les presente al conde de Devonsfield.

Los gemelos se intercambiaron miradas de extrañeza antes de volver a mirar al conde. Entonces, como si les hubieran dado la entrada, le honraron con una serie de elegantes reverencias.

—Claro que hemos oído hablar de usted, señor —dijo el gemelo de las manos cuidadas.

—Por supuesto —dijo el otro—. Sólo que nunca pensamos que llegaríamos a conocerle. Nuestras vidas son tan diferentes. Nosotros trabajamos en la industria del metal, mientras que su señoría...

—Su señoría no trabaja —irrumpió Pinkerton.

—Exactamente —dijo el gemelo más musculoso levantando una ceja. El conde giró sobre el tacón de su reluciente bota, cruzó la pequeña habitación y se acomodó en una silla raída que había cerca del fuego de carbón.

—Bueno, muchachos, vuestros días de duro trabajo en las minas de hierro han terminado desde este mismo día. Venid, venid. Sentaros, porque hemos de hablar.

—Rogamos nos disculpe, milord. Tenemos tan pocos invitados que me temo que nuestros modales estén un poco oxidados. —El más aristocrático juntó los pies y le saludó con la cabeza—. Yo soy *Garnet St. Albans*.

El conde le devolvió el saludo con la cabeza.

—*Garnet*.^{*} Refinado y pulido como la gema. Qué apropiado —dijo riéndose entre dientes. Luego giró la cabeza hacia el hermano que había empuñado el rifle—. Entonces tú debes ser *Griffin*.^{*} Medio águila, medio león —añadió sonriendo—. Sí, claro que lo eres. Qué nombres tan espléndidos. Extraordinarios. Nunca más volveré a tener problemas en reconoceros.

En ese momento entró una anciana y se quedó tan asombrada de ver visitas que se le calló la cesta de la compra al suelo, dejando rodar dos manzanas verdes por las losas de piedra.

—Perdónenme, no sabía que tenían invitados.

Griffin cruzó la habitación con dos grandes zancadas y la ayudó a recoger las cosas.

—No se preocupe, señora Hopshire. Lord Devonsfield es un pariente. Aunque sí le agradeceríamos que nos preparara un poco de té.

El conde levantó la mano.

—Pinkerton, ve al coche a buscar la botella de brandy, por favor. Esto hemos de celebrarlo.

Garnet St. Albans cogió del brazo a Pinkerton cuando éste se dirigía hacia la puerta.

—No es necesario señor. Señora Hopshire, ¿tendría la amabilidad de traernos unos vasos? —Cerca de la chimenea había una especie de botellero, del que Garnet sacó una botella de buen brandy—. Vivimos en el campo, pero no nos faltan algunos lujos.

La anciana trajo una bandeja con vasos de cristal grueso en los que el gemelo sirvió el líquido ámbar. El primer vaso fue para el conde.

—Oh... Señor ¿nos estaba diciendo algo respecto a que nuestros días de duro trabajo habían terminado?

^{*} Granate, la gema, y Grifo, el animal mitológico. (*N. de la T.*)

—Así es. —El conde vació inmediatamente su vaso y se lo volvió a tender a Garnet para que se lo volviera a llenar—. Pues uno de vosotros será mi heredero.

—¿Su... *heredero*? —Griffin se agachó y echó algunos trozos de carbón al fuego. Levantó la cabeza para mirar al conde—. ¿Cuál?

—Milord, lo que mi hermano quiere decir es que en nuestro caso no se puede aplicar la ley de primogenitura, puesto que no sabemos quién nació primero. Nunca tuvimos razón para preocuparnos de ello... al menos, no hasta ahora.

Griffin se levantó y se colocó junto a su hermano.

—Sé bien cuál es nuestra situación. —El conde observó a uno y a otro separadamente. Los dos tenían cualidades para ser herederos, al menos eso parecía a simple vista, y él siempre le había dado mucha importancia a las primeras impresiones—. Pinkerton, continúe, por favor.

Éste dio un paso hacia delante.

—La situación, tal como la contempla el conde, es mucho más delicada de lo que ustedes pueden imaginar. Por lo que lo que les voy a decir debe quedar en la más estricta confidencialidad, pues el futuro del condado de Devonsfield dependerá de su discreción. —Su mirada se dirigió al puente de su nariz—. Salvo que podamos llegar a un acuerdo privado respecto a cuál de ustedes es el primogénito, es decir, el heredero *legal*, el condado pasará a formar parte de la Corona cuando el conde fallezca.

—Es evidente que no voy a permitir que suceda eso. —El conde se levantó y dio una palmadita en el hombro a cada uno de los gemelos—. Por lo tanto, tenemos una propuesta para vosotros. No me queda mucho tiempo. Mis médicos me han dicho que puede que fallezca antes de acabar el año.

Pinkerton tosió, levantó los ojos y se encontró la dura mirada del conde.

—Discúlpeme, milord. Le ruego que siga.

—Tal como iba diciendo, no cabe duda de que no sobreviviré a este año, pero no tengo la menor intención de que desaparezca el legado de mi familia, el condado de Devonsfield. —Le hizo un gesto con la cabeza y Pinkerton se sacó del abrigo dos pliegos y entregó uno a cada hermano—. Por esta razón, tendré un pacto secreto con cada uno de vosotros. Y si estáis de acuerdo con mis condiciones, uno se convertirá en el conde de Devonsfield.

El conde hizo un gesto para que desplegaran los documentos.
—Leed las condiciones.

Ambos gemelos desplegaron sendos pliegos y durante varios minutos leyeron y releeron las condiciones que había escritas.

—¿Estáis de acuerdo con las cláusulas expuestas?

Griffin y Garnet se miraron durante unos segundos; el conde sintió que se estaban comunicando en silencio, tal como había oído decir que hacían algunos gemelos. De pronto, desconfió por un momento, pues se preguntaba si desearían añadir alguna cláusula propia, ya que era evidente que se habían percatado de cuánto necesitaba su colaboración. Pero a juzgar por el estado de su destaralada casa, ellos también le necesitaban a él.

Un momento después, se dio cuenta de que su preocupación había sido infundada, ya que los gemelos aceptaron todos los términos del contrato, tal como estaban redactados.

—¡Fantástico, fantástico! Puesto que estáis de acuerdo con las condiciones, tirad al fuego los documentos, pues esta conversación deberá mantenerse en secreto para siempre.

Griffin y Garnet arrugaron los papeles con sus grandes y hábiles manos y quemaron los malditos documentos. Los cuatro hombres observaron en silencio reverente cómo las llamas envolvían los pliegos y finalmente reducían a cenizas el secreto más oscuro del conde.

—Entonces, estamos todos de acuerdo. La continuidad de la familia es lo más importante. De modo que, según las condiciones

expuestas y que ambos habéis aceptado, el primero que se case con una mujer de buena familia se convertirá en el...

Los gemelos entonaron al unísono la palabra «heredero».

El conde sonrió mucho más tranquilo e hizo un gesto para que le sirvieran otro brandy.

—Muy bien.

Por primera vez en más de un mes, tenía un buen día respecto a su problema de la sucesión.